

EL FANTASMA TRAVIESO

Anita era una de esas niñas a las que les encantaba fantasear con la idea de encontrarse con alguno de los fantasmas que aparecían en sus libros. Tan convencida estaba de su existencia, que cada noche de Halloween salía de casa con la esperanza de tropezarse con alguno mientras pedía caramelos junto a sus amigas.

Una de esas noches, mientras descansaba plácidamente tras recorrer todo el barrio recolectando golosinas, un extraño ruido la sobresalto de madrugada. Extrañada ante aquel sonido, se asomó temerosamente por encima de las sábanas, descubriendo en el centro de su habitación la espectral figura de un fantasma.

Aterrada ante aquella inesperada visita y para evitar que el fantasma pudiera hacerle algo, se escondió debajo de las sábanas, hasta que su visitante hubo desaparecido.

A la mañana siguiente, cuando todos estaban desayunando, corrió a contarles a sus padres la terrible experiencia vivida durante la noche. Una visión a la que sus padres no quisieron darle demasiada importancia en principio, ya que los fantasmas no existen, pero que tuvieron que aparentar creer, ante la insistencia de la pequeña de mostrarles cómo se desarrollaron los hechos.

Para evitar que aquello se alargara demasiado, todos subieron al cuarto de la pequeña. Mientras Anita les contaba lo que pasó, descubrió con gran sorpresa que

el fantasma le había robado sus chucherías. Antes de que sus padres pudieran consolarla, apareció su hermano mayor con un gran dolor de barriga. Un dolor que sus padres tomaron por algo mucho más grave y que en realidad era una enorme indigestión por comerse todos los dulces de su hermana.

Y es que, como muy bien estáis pensando, el fantasma no era otro que el hermano de Anita, disfrazado como tal, para robarle a su hermana todas sus golosinas.